

Una felicidad involuntaria

GÉRARD BENSUSSAN, *Être heureux? Ce qui dépend de nous et ce qui n'en dépend pas*, Éditions Mimésis, 2019, 47 pp.

DANIEL BARRETO

El filósofo Gérard Bensussan, un gran estudioso de Franz Rosenzweig, se aplica en este breve y profundo libro a la tarea de pensar la felicidad a partir del tiempo. El reto desvía al autor de la tradición filosófica dominante. Si los pensadores antiguos remitían la dicha a lo intemporal, los modernos andan demasiado ocupados con la encumbrada libertad para detenerse en asuntos privados donde cada cual se las apaña como puede. De entrada cabría decir que la felicidad no sucede en el tiempo, sino el tiempo en la felicidad. Se trata, como se dice en francés, de la «buena-hora» (*bonheure*).

En esta cuestión, el estoicismo funciona como un destilado de la fruta filosófica mejor repartida. Para Epicteto, la pregunta que permitirá construir una moral de la vida lograda es la distinción entre lo que depende y lo que no depende de mí. El refrán «hay que tomarse las cosas con filosofía», prueba una extensión popular del estoicismo, que acaba inscrito en el «sentido común». Nada puedo influir en los hechos, pero sí por completo en la imagen que me haga de ellos. La desdicha es la incapacidad para sostener adecuadamente mi representación. Su sitio está en el mundo interior. Salta a la vista una afinidad con el «pensamiento positivo» de nuestros días y las terapias de disciplinamiento neoliberal. La famosa «resiliencia». Quien no mantiene la calma ante las catástrofes personales y sociales es porque le falta práctica.

Sin embargo, el autismo filosófico no logró borrar a los seres humanos de carne y hueso. En *La fenomenología del Espíritu* Hegel desmontó la moral estoica. Encontraba su abstracción tan inoperante como aburrida, pues a la postre no tiene nada sustancial que decir a nuestra vida. La idea de que mi

representación sea el criterio esencial es desmentida por la felicidad misma. La dialéctica del reconocimiento, a pesar de que su última estación sea la disolución de la alteridad, es una recomendable terapia para desacreditar la abstracción del estoico.

La expresión «dependencia feliz», motivo principal del libro, remite a la interrupción del tiempo. La buena-hora se desvela en la experiencia amorosa: quien ama no asiste a la reafirmación de su estabilidad, sino a su desposesión. Pérdida a la que, paradójicamente, ningún sujeto orgulloso de su moderna autonomía querría renunciar. Un pensamiento de Pascal, más tarde recuperado con fortuna por Derrida, señala que el amor, si es tal, no consiste en la admiración de cualidades como la belleza, la inteligencia, la bondad, objetos que podrían medirse en el cálculo para beneficio de quien ama. El otro, intraducible en propiedades, no puede ser atrapado como causa del amor. Su alteridad es apertura sin retorno del yo. Se puede decir que el yo es abrahámico, pues vive de la falta, la ausencia y el porvenir. Mi yo, escribió Montaigne, «se me escapa», depende, en su propia constitución, de la palabra y la acción de los otros.

He ahí lo que Bensussan llama la «paradoja de la felicidad». Plenitud y salida convergen. La desposesión es deseada. En cambio, el estoico intenta expulsar ese saber por todos los medios. Al fin y al cabo es un envidioso, pues, como señaló Diderot en *Vida de Séneca*, construye su moral para ocultar la envidia de quienes gozan o gozaron del arrobo y la plenitud (*la jalousie secrète d'un bonheur*, dice Diderot, anticipando a Nietzsche). Para hacer soportable su envidia oculta la fuente de la dicha al precio de su insensibilidad. La libertad estoica es la sombra sin vida de otra libertad: la «dependencia feliz».

Si el bienestar consolida la identidad, la dicha conmociona al sujeto. La desproporción entre el otro y la previsión convierte la espera en esperanza. Ciertamente, no estamos lejos de una «conversión». Como toda conversión, responde a la embestida del tiempo. Su sentido es el otro. La filosofía debe aprender la lección: «No repetiremos nunca lo suficiente que la esperanza merece un tratamiento conceptual específico más digno y más alto que aquel que habitualmente le ha reservado la filosofía. La esperanza es un modo de temporalización del tiempo de la espera de la felicidad, nada menos» (p. 36).

Afirmar que el yo es abrahámico no lo condena a la pasividad. Al contrario, la acción impostergable constituye al sujeto. Una acción que también tiene su fuente en la alteridad. Actuar es «actuar con». No porque actuemos juntos, sino porque mi acción condensa el tiempo. La acción que busca la feli-

cidad se nutre de una ilusión sobre el tiempo. Frente a la imagen de la filosofía como arte del desengaño, Bensussan elogia la ilusión. El ilusionado y el iluso anhelan lo inapropiable. El sueño de amar y ser amado, aunque sin duda remotos —socialmente quizá hoy más que nunca, como supo desvelar Theodor Adorno en *Minima moralia*— es un riesgo inevitable para quien abra los ojos a la densidad del tiempo. Solo asume «el ideal de una vida sin amor» quien es profundamente «hostil a la vida».

En las antípodas de la hostilidad se halla la «memoria involuntaria», teorizada por Marcel Proust en *A la búsqueda del tiempo perdido*. La «moral proustiana» de lo involuntario significa dejar la palabra a lo real. Lo involuntario apunta al otro. Por eso Walter Benjamin podía afirmar que la verdad es la «muerte de la intención». Lo involuntario, misteriosamente asociado al golpe del azar, escribe Bensussan, «resonará de armónicos profundos y ricos, despertando una masa memorial no atendida» (p. 45). De nuevo estamos muy cerca de lo que el propio Benjamin, en una nota no destinada a publicación, llamó «dialéctica de la felicidad» (*Gesammelste Schriften*, t. 6, p. 200), a saber, la confluencia de una doble inspiración en apariencia contradictoria que reúna lo «inaudito» (*unerhörte*) y la «restauración eterna de la dicha originaria».